



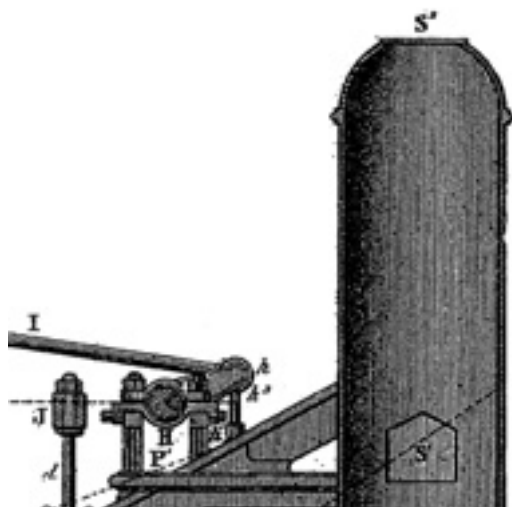
Los otoños de Ángel González

Tras nueve años de silencio apenas interrumpido por algunos poemas nuevos en *plaquettes* o en la antología *101+19=120 poemas*, Ángel González publicaba en 2001 *Otoños y otras luces*, una estimulante prolongación de esa escritura última que, desde *Prosemas o menos* a *Deixis en fantasma* amplía su elegía y sigue descubriendo sorpresas en la realidad, en la conciencia y en las palabras.

Algún crítico ha dicho que la poesía última de Ángel González supone un “tercer tiempo” en su obra porque, quedando ya atrás la poesía crítica de la primera, el humor, la parodia y el juego de lenguaje de la segunda ceden el paso ahora a la meditación elegíaca. En términos generales, la distinta preponderancia de unos rasgos u otros en cada nuevo libro sí permite apreciar un mayor o menor interés del poeta por determinados temas y tonos, pero ni la lengua ni los procedimientos retóricos son sustancialmente distintos en su obra sucesiva. A la luz de la elegía no sé hasta qué punto es adecuado establecer esa distinción en función de un mayor o menor grado de lirismo elegíaco en cada conjunto: al contrario, creo que la elegía que recorre desde el principio la obra de este poeta se ha ido profundizando y matizando, cada vez más intensa en los libros sucesivos, pero arraigada en su mismo origen.

*En medio/ de la cruel retirada de las cosas/ precipitándose en desorden hacia/ la nada y la ceniza,/ mi corazón naufraga en la zozobra/ del destino del mundo que lo cerca ¿A qué libro podríamos atribuir estos versos? Corresponden al poema “Mundo asombroso”, de Sin esperanza, con convencimiento, y son precedente clarísimo de algunos de los poemas de Otoños. Igualmente, tanto los juegos de palabras como ciertos humorismos a veces muy oscuros ocupan en cada momento un mayor o menor espacio en el libro según su organización y el sentido que le quiere dar el poeta: la antipoesía de Ángel González somete el lenguaje poético a una crítica paralela a la de la realidad histórica y llega a ser una forma de expresar también el desengaño de ciertas realidades de unos años cruciales. Por otra parte, en fin, nunca faltan los poemas de crítica social o de compromiso que, si es cierto que no sostienen ya el peso del conjunto como lo hacían en *Tratado de urbanismo*, tampoco desaparecen porque sigue habiendo materia abundante sobre la que escribirlos, en la memoria y realidad de cada día: basta ver “Estampa de invierno”, de la primera sección de *Otoños y otras luces*.*

En el caso de este libro el propio poeta declaró que había preferido seleccionar entre sus poemas inéditos aquellos que tenían mayor coherencia entre sí gracias al protagonismo de la tonalidad elegíaca. Ciertamente, y sobre todo si lo comparamos con otros libros anteriores como *Prosemas o menos*, *Otoños* resulta muy unitario. Pero basta tener a la vista los inéditos incluidos en *101+19=120 poemas* para comprobar que Ángel González no ha abandonado aquellas otras incitaciones: la sección “Fragmentos” nos recuerda las “Máximas mínimas”, de *Prosemas o menos*, y recoge, entre otros apuntes líricos, algunas muestras suficientes de mirada social, de sátira literaria (*No interrogues dos veces a quien guarda silencio,/ porque el silencio es la única respuesta*), de desengaño (*Pero no es cierto;/ hay algunas respuestas verdaderas:/ nunca, nada, jamás, tampoco, no, mentira*). Tampoco puede olvidarse que el poeta recupera ciertos “Papeles viejos”





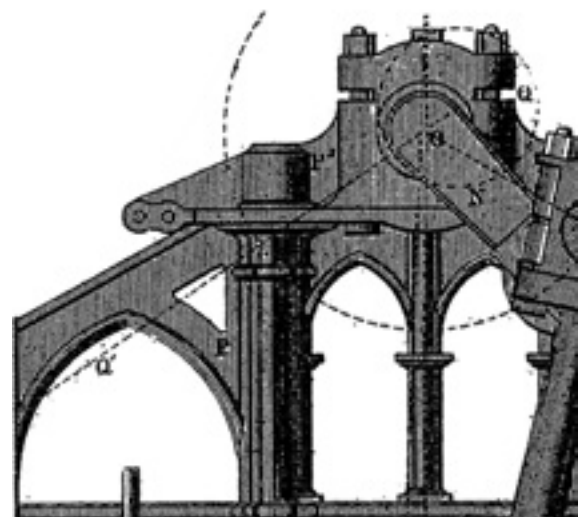
(última sección de la antología) con poemas testimoniales, lo que habla a las claras del interés del autor por recuperarlos. Por otra parte, el humor está presente en *Otoños y otras luces* con poemas como “Pronóstico”, y no faltan otros como “Estampa de invierno” o “Aquel tiempo” en los que lo colectivo pasa a primer plano.

Lo cierto, con todo, es que lo que domina en este libro es una elegía equilibrada siempre por el tratamiento preciso del lenguaje, por una ironía que asoma en los momentos más peligrosamente patéticos y en aquellos que obligan a no contentarse con la evidencia. Desde la elegía, además, Ángel González indaga en la conciencia de una edad nueva que trae, con todo lo siniestro de la edad que se acerca, consideraciones sentimentales y morales sobre las que el poeta tiene algo que decir, algo que construir en un texto cómplice con el lector. Por eso lo más importante del libro es la capacidad del poeta, ante los temas del tiempo y de la despedida, de ironizar, de salvar la belleza, de rescatar sobre el apagamiento de la edad las “otras luces” más brillantes del amor, del homenaje, de la resistencia. Frente al pesimismo, que es opinión, la lucidez y la conciencia del tiempo subrayan el amor a la vida, cada vez más valiosa porque se sabe más escasa (también por eso escribe poco Ángel González, porque prefiere vivirla de paisano y en compañía).

Otoños y otras luces, título también de la primera sección, orienta el sentido del libro y conecta el conjunto con toda la obra anterior, desde aquel emocionante poema de *Áspero mundo*: *El otoño cruzaba/ las colinas de débiles/ temblores. Cada/ hoja caída/ estremecía toda una montaña. A partir del primer poema, “El otoño se acerca”, la elegía de la despedida – ha pasado/ un ángel/ que se llamaba luz, o fuego, o vida./ Y lo perdimos para siempre– se establece desde la afirmación de la belleza esencial del mundo: El otoño se acerca con muy poco ruido:/ apagadas cigarras, unos grillos apenas,/ defienden el reducto/ de un verano obstinado en perpetuarse/ cuya suntuosa cola aún brilla hacia el oeste.*

Y es que en los siete poemas de esta sección la conciencia del tiempo se plantea serenamente como constatación asumida del acabamiento. Claro que hay herida, y más cuando el poeta es un sensitivo que no renuncia: basta ver el espléndido cromatismo otoñal del poema “Entonces”: *Azuzadas de pronto por el viento,/ corrían veloces las sombras de las nubes/ por las praderas soleadas./ Inesperadas ráfagas de lluvia/ lavaban los colores de la tarde./ ¿De cuándo ese carmín que fue violeta?/ ¿De dónde/ el oro que era ocre hace un instante?// Los silbos amarillos de los mirlos,/ el verde desvaído al que apuntaban,/ la luz, la brisa el cielo inquieto:/ todo nos confundía.*

Pero Ángel González equilibra sus poemas utilizando con precisión sus recursos, y así despliega tan intensas imágenes sensoriales, primero, para crear belleza que encanta, y, luego, para darle más fuerza a la queja sobria de los versos finales: *Con escalofrío repentino,/ y temor, y nostalgia,/ evocamos entonces/ la verdad fría y desnuda de un invierno/ no sé si ya pasado o por venir.* El poeta ha querido limitar el efecto patético desde el principio, envolver todo el poema en sugerencias de guiños literarios, y por eso sus primeros versos remiten a Rubén Darío para jugar con el título de uno de sus poemas más hermosos, la “Canción de otoño en primavera”: *Entonces era otoño en primavera./ O tal vez al revés:/ era una primavera semejante al otoño.*



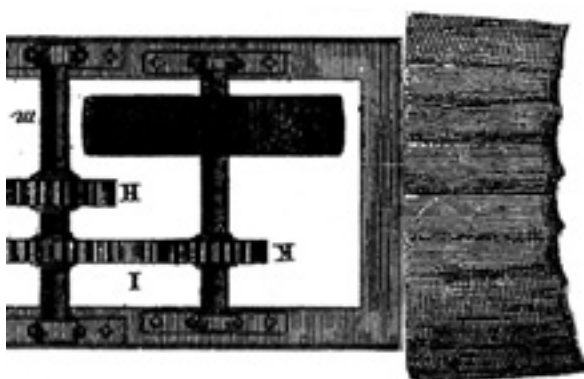


Este procedimiento intertextual, con lo que implica de homenaje añadido, permite relativizar la queja inevitable. Así, en “Casi invierno”, a la descripción de la belleza natural, sucede una expresión de la tristeza subrayada por el verso tradicional: *¿Y me preguntas hoy por qué estoy triste// De los álamos vengo*. También se establece una tensa articulación de distancias e intensidades en “Aquí o allí” (con ese juego de adverbios frecuente en el poeta), que introduce una más desolada perspectiva: *Qué lejos siempre entonces ya de todo,/ incluso de mí mismo;/ qué solo y qué perdido yo,/ aquí o allí*.

No todo se presenta con la misma relativa distancia de la forma o de la intertextualidad, sin embargo: el poema “Este cielo”, que retoma un tipo de metáforización musical de la naturaleza ya utilizado a menudo por el poeta, propicia la identificación de la luz del otoño con el corazón del hablante: *Este cielo de otoño,/ su imagen remansada en mis pupilas,/ piadosa moratoria que la tarde concede/a la débil penumbra que me habita*. Más oscuro, “Estampa de invierno”, con sus metáforas del frío nos impone la memoria histórica de otro tiempo colectivo, de suspiros, “de sótanos sombríos”, con disparos lejanos y con gritos, que se superpone en la duermevela a la evocación más cálida de otros días. Y es que el personaje de Ángel González no necesita señalar o ser explícito para seguir comunicándonos una posición muy clara ante la Historia, la posición de siempre en su vida privada y en sus libros de los años cincuenta y sesenta, que forma parte de las señas de identidad de quien ahora, con una inevitable conciencia de acabamiento, nos habla de un presente que no cede ni abandona. Como señaló Luis García Montero, “la luz que siente cumplido su tiempo es la misma que quiere resistir, apurar las huellas de una luz eternamente perseguida”.

Los poemas de la sección segunda, “La luz a ti debida”, lo confirman, añadiendo otra luz más brillante a los poemas tristes que anteceden. Ahora el poeta trae al libro la referencia a Pedro Salinas para hablar, tú a tú, del amor desde la luz. También aquí las intertextualidades ayudan a establecer complicidad y distancia, ya desde el título de la sección y desde un cierto tratamiento saliniano del diálogo amoroso en algunos de los textos: “Canción de amiga” remite a la poesía tradicional, aunque el poema evoca a Verlaine; en “Estos poemas” las palabras *hacen un ruido melodioso o triste/ lo mismo que dos cuerpos que se aman*, remitiendo a Cernuda, etc.

De los poetas de su generación Ángel González es uno de los que mejor ha cantado el amor, en una palabra poética que siempre ha equilibrado magistralmente las notas sentimentales con la inteligencia, la declaración sencilla con el juego irónico, la imitación literaria con la originalidad, el perspectivismo del enamorado maduro que aconseja o ilustra con la más apasionada apariencia de inmediatez. A medida que han ido pasando los años, más tensos y más intensos son los poemas amorosos de Ángel González: en *Otoños y otras luces* los once poemas de “La luz a ti debida” componen un buen repertorio de intensidades en las que la habilidad formal no rebaja la pasión de lo expresado con las solas palabras, como en “Estos poemas”: *Estos poemas los desencadenaste tú,/ como se desencadena el viento,/ sin saber hacia dónde ni por qué./ Son dones del azar o del destino,/ que a veces/ la soledad arremolina o barre;/ nada más que palabras que se encuentran,/ que se atraen y se juntan/ irremediadamente,/ y hacen un ruido melodioso o triste,/ lo mismo que dos cuerpos que se aman*.



En la variedad tonal de este libro se combinan humorismo (“A veces, un cuerpo puede modificar un nombre”), delicadas imágenes para decir el sentimiento (¡Ese rayo de sol inesperado/ que destella en la nieve/ recién caída// Mucho más bella era la sonrisa/ que iluminaba un rostro/ todavía mojado por las lágrimas), dolor también a veces (Guarda silencio si te llamara por un nombre/ que no pronuncie nunca/ porque si entonces respondieses/ tus ojos –y los míos– se anegarían en llanto.), o esa fusión de miradas, en “Quise”, que propicia la elegía amorosa: *Entré en tu cuerpo lleno de esperanza/ para admirar tanto prodigio desde/ el claro mirador de tus pupilas./ Y fuiste tú la que acabaste viendo/ el fracaso del mundo con las mías.*

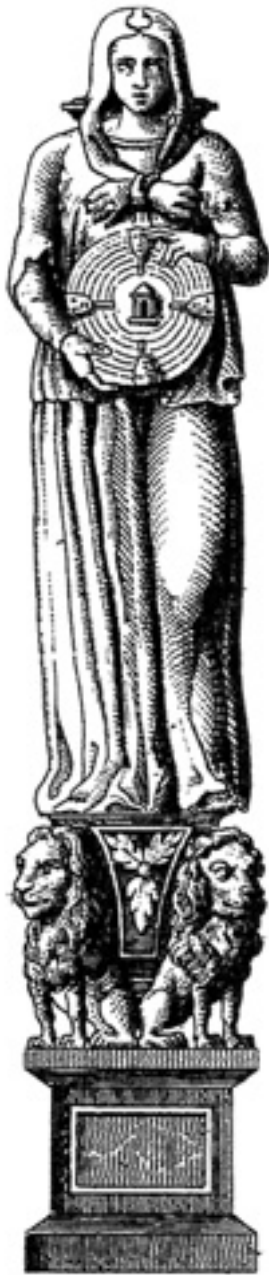
“La luz a ti debida” cierra la sección con un planteamiento sencillo –y por ello más emocionante– de la afirmación esencial de la vida y del amor (recuérdese su emblemático “este amor ya sin mí te amará siempre”) que sostiene la escritura del autor en sus últimos libros, su afirmación desde la despedida. En medio de esa *fuga de lo que se desliza*, que es música y es tiempo y es la vida, el poeta, una vez más, se pide tiempo para pararse a contemplar la vida, lo que pasa, como en el memorable “Avanzaba de espaldas aquel río”, de *Prosemas o menos*, ejemplo especialmente valioso de la elegía otoñal que ahora se intensifica. En esa moratoria del otoño es el amor quien hace, en juego de miradas amorosas, que el mundo aún importe, que se siga ofreciendo en su belleza porque se ve del color del cristal asombrado que es la amada: *déjame verte cuando tú me miras/ también a mí,/ asombrado/ de ver por ti y a ti, asombrosa.*

Si con frecuencia la cita de palabras ajenas representa un homenaje a su autor, desde el principio la poesía de González está repleta de homenajes literarios, explícitos o no. El homenaje a la amistad y a la poesía que es “Glosas en homenaje a C. R.” comparte ahora con los amorosos el centro de *Otoños y otras luces*, en una secuencia unitaria dividida en cinco poemas. El origen de estos poemas lo contaba el poeta en otra entrevista: “Es un homenaje producto de un encargo cuando murió Claudio Rodríguez, que era muy amigo mío y que siempre admiré. Me encargaron que escribiera sobre él, pero yo no iba a hacer ni una semblanza ni un artículo político, entonces pensé que lo que yo quería hacer era un poema en homenaje a Claudio. En mi poesía hay muchos homenajes (...) Quiero escribir más homenajes a poetas que admiro.”

Señalaba Lorenzo Oliván que este homenaje es un emocionado cántico al cántico del autor de *Don de la ebriedad* y, ciertamente, Ángel González lo convierte en un homenaje a la belleza del mundo que ambos han cantado a lo largo de su obra. No siempre coincidieron los propósitos ni las trayectorias de ambos poetas, como aquí se reconoce, pero el deslumbramiento del poeta zamorano ante la realidad es un punto constante de admiración que ahora Ángel González se encarga de resaltar con su emocionada despedida, nada propicia, por lo demás, a la trascendencia: *Para quien anda a tientas/ y no sabe,/ la noche abierta es un peligro hermoso.*

Destaca la forma en que ese canto se va llevando, poema tras poema, a la afirmación de lo esencial que subyace a tanta hermosa imagen: *Pero no se trataba sólo de eso:/ en el fondo,/ te estabas refiriendo a la pureza/ a la honda verdad que se desprende/ de lo que vive en plenitud y es libre,/ y deja/ en quien contempla tanta maravilla/ un poso de nostalgia/ y el temor de no ser/ digno de recibir dones tan altos.* El mejor homena-





je no es el homenaje ciego, sino el esfuerzo por la comprensión de lo ajeno. Y estos poemas de Ángel González sintetizan la aventura del poeta amigo: asombrarse del don de la belleza, querer participar en lo que admira, saber que es imposible fundirse en la perfección: que sólo es el ver lo que se logra. Que, en fin, en la voz de Claudio Rodríguez, la esperanza más pura resiste frente al desengaño, y ese es su legado, una palabra en *vilo, incólume, salvadora y salvada/ en el espacio prodigioso/ donde pueden pisarse las estrellas.*

Desde el nosotros cierra Ángel González su homenaje con esa mirada desde abajo que encumbra la poesía de Rodríguez: *Y lo hiciste en un vuelo/ alto y valiente / que nosotros miramos deslumbrados,/ pendientes de sus giros/ con la misma emoción y el mismo asombro/ con que tú contemplabas/ la infinita materia de tu canto.*

Cerrando el libro, en “Otros poemas” una diversidad de motivos aportan sus luces contrastadas a la elegía, a los poemas de amor y al homenaje: son nueve poemas unificados por el tema global de la memoria, en los que se entrecruzan paisajes, recuerdos de la historia sórdida de España, imaginaciones siniestras y por fin el canto a la belleza elemental enfrentado a una más desolada meditación del tiempo desde la experiencia de lo vivido. “Alba en Cazorla” abre la sección enlazando con los poemas de homenaje a Claudio Rodríguez y elevando su propia celebración de la luz: *Enigmática luz, tan clara y pura/ que tan sólo se ve en lo que desvela./ ¿De dónde viene ese esplendor creciente?/ No es aún la luz la que ilumina el mundo;/ el mundo iluminado es quien la enciende.*

Frente al amanecer, el ocaso lentísimo del verano, en la misma línea de celebración de la luz, el poema “Un largo adiós”, da lugar, nuevamente, a esas emocionadas secuencias tan características del último Ángel González que muestran hasta qué punto desengaño, nostalgia y despedida no son el objetivo de sus versos, sino la realidad de una conciencia que tiene la celebración y la alegría como meta a la que apunta y por la que se esfuerza: ¿por qué escribir, si no? En estos textos, pues, se renueva la elegía más compatible, la que busca con palabras precisas crear una imaginación de lo que se ve y de lo que se pierde: *sale la luna y sigue siendo el día./ La luz que era de oro ahora es de plata.*

Otros poemas establecen el contraluz más violento a la respuesta al mundo elemental, de la mano de la memoria, como la primera parte de “Versos amebeos” que trae, con el despertar, las imágenes más hirientes del recuerdo: *la memoria de dientes amarillos,/ el remordimiento de fauces rencorosas/ el miedo de letal aliento gélido.* A estas figuraciones sucede, sin embargo, en la segunda parte, otra forma alterna, tan real también, del despertar: la que con la luz libera la alegría entre las sombras del corazón, nunca del todo despejadas: *Golpea hoy con tu aldaba de luz mi pecho,/ entra con todo tu espacio azul / en mi corazón ensombrecido./ Que levanten el vuelo / los pájaros dormidos en mi alma,/ que llenen con su alegre griterío / la mañana del mundo,/ de mi mundo cerrado/ los domingos y fiestas de guardar/ secretos indecibles.*

También en “Dos veces la misma melodía”, ahora con el estímulo de la música y cerca del Juan Ramón último (*Todo ante mí, como ante Dios, presente*), la melodía permite poner entre paréntesis los recuerdos: el pasado no es sólo esa ambivalente fuga/ de lo que se deslía/ en la pura corriente

de la vida, es también lo que resiste, lo que sigue dando al vivir su valía en un “terco, reiterado canto” que es, como ya he dicho, lo que lleva al poeta a seguir escribiendo, por encima de la queja, sin despreciar la gracia de la ocurrencia verbal: *Tranquilo, corazón; en tus dominios/ –así como lo oyes–/ lo que fue sigue siendo y será siempre.*

Esto no quiere decir, ya lo hemos visto, que se olvide la Historia que se ha vivido. Si la música absuelve por unos instantes, la palabra crítica retorna sucesivamente, en un proceso que refleja el movimiento de la conciencia que no puede dejar de ir de lo uno a lo otro. Alguno de los poemas de este tipo, como “Viejo tapiz”, resalta la esperanza de quienes resistían en los tiempos sombríos de la derrota histórica en la intimidad de una existencia terca: *todos entretejían/ sin saberlo/ –a veces sonreían–/ los hilos de tristeza/ que formaban la trama de la vida/ (inconsistente tela, pero/ qué estambre terco la esperanza).* Siempre la esperanza le suscita a Ángel curiosas metáforas, desde aquella “araña negra del atardecer” de *Sin esperanza, con convencimiento.* Aquí, en el tapiz sombrío de aquel tiempo de su niñez, lo que enfoca y salva el poeta *es el espacio luminoso/ que urdían incansables/ las obstinadas manos amorosas.*

Más oscuro y también más provocador es “Aquel tiempo”, un poema que apela a la conciencia colectiva, que llama la atención sobre el olvido de la Historia y que, en última instancia, deja abierta la queja en sus preguntas sobre la irredimible injusticia de un tiempo que pasó sin otras consecuencias que el dolor de las víctimas. Con poemas como éste, Ángel González muestra hasta qué punto sigue latiendo en su concepto de poesía un compromiso con la historia y con la colectividad. Un compromiso que sostiene la esperanza de que la poesía sirva también para tener memoria: *¿Con qué lo redimimos,/ aquel tiempo sombrío?/ ¿Con qué pagamos la alegría de ahora,/ el envoltorio de bisutería/ que ocupa hoy el lugar/ del amor verdadero, del más puro/ amor forjado/ en el dolor y en la desesperanza?/ ¿Qué entregamos/ como compensación de tan desigual trueque?/ Las más sucias monedas: la traición, el olvido.*

Libro rico de matices, preciso y emocionado, lúcido, tierno, irónico y comprometido, *Otoños y otras luces* nos acerca nuevamente al mejor Ángel González, al que a este lector le acompaña para siempre con estos poemas en los que la palabra se hace ser humano e interlocutor para darle vueltas a todo lo que importa, eso que, en su diversidad, encierra la escritura de nuestro poeta.

